

## CRISTINA de Noruega, infanta de Castilla

Una noticia de prensa nos habló el pasado verano de un festival internacional de teatro al aire libre, celebrado en la ciudad de Tonsberg, en Noruega, el 6 de junio de 1971, bajo la presidencia de SS. AA. RR., los príncipes Sonia y Harald de Noruega, el embajador de España en Oslo y el arcipreste de la Colegiata de Covarrubias, monseñor Vargas.

Tonsberg celebró, a lo largo de 1971, el 1.100 aniversario de su fundación, y como símbolo del mismo, escogió a la princesa Cristina. Entre los festejos, figuraba la evocación de la romántica y sugestiva historia, poco conocida, de una princesa noruega nacida el año 1234, que al casarse en el año 1258 con el príncipe Felipe, hermano mayor del rey Alfonso X el Sabio, se convirtió en infanta de Castilla. La obra de teatro, escrita por Kare Holt, evoca el legendario matrimonio de la princesa Cristina de Noruega.

En el siglo XIII, el rey de Noruega era Hakon Hakonson, padre de Magnus Lagaboter. En aquel tiempo era un símbolo externo de riqueza tener en la corte un relator de sagas, y en el castillo de Tunsberghus, el relator y escritor de sagas, mitad historia mitad leyenda, era Sturla Tordson, a quien debemos la mayor parte de lo poco que hoy se sabe de esta princesa nórdica, cuyo destino la condujo a morir en Andalucía.

Alfonso X el Sabio, rey de Castilla, pretendía establecer alianzas con los más importantes príncipes y reyes de la época. Por ello, en el año 1256, bajo la presidencia del embajador Ferrando, envió una delegación a la corte noruega del rey Hakon. Para reforzar la amistad entre España y Noruega se pactó el

matrimonio de una hija del rey Hakon con uno de los hermanos de nuestro rey Alfonso.

Sturla relata así el acuerdo entre el rey noruego y la misión española:

«Hakon, el rey, primero se dirigió en barco a Tonsberg, donde convocó al arzobispo y a todos los hombres más sabios del país para discutir su contestación a la propuesta de los emisarios del rey de España. El arzobispo fue y lo discutieron, y algunos de los hombres sabios opinaban que era un partido honroso si la suerte les acompañaba, como era lógico esperar. Fue, pues, la decisión del rey y de sus amigos, dar el sí a los emisarios, prometiendo aquél enviar a su hija, la joven Cristina, a España, tal como el rey de ese país lo había pedido; viajaría con la condición de elegir ella misma como marido a aquél de entre los hermanos del rey que ella y los mejores hombres de su séquito real prefirieran.»

Seguimos entresacando la obra de Sturla:

«Entonces, el rey hizo todos los preparativos para el viaje de la princesa. Seleccionó a los hombres que la acompañarían: el primero fue el obispo Peter de Hamar, luego el predicador Simón y varios hombres doctos y muchos otros bravos hombres. Tenían más de 100 hombres en su séquito y también la acompañaban muchas mujeres distinguidas. El rey Hakon le dio como dote tanto oro y plata, peletería blanca y gris y tantos otros tesoros, que sobrepasaban todas las dotes conocidas de otras hijas de reyes noruegos. El rey les cedió un enorme barco, en el que instalaron un camarote para la princesa, en una borda, y uno para el embajador Ferrando en la otra, porque éste toleraba mal el mar y tenía que estar acostado. El viaje transcurrió con grandes gastos y esplendor hidalgo.

»Cuando el séquito de la princesa estuvo listo, cruzaron el mar y tocaron tierra de Yarmouth, en Inglaterra.»

Parece ser que de Inglaterra, el séquito de la princesa se dirigió a Normandía, «donde compraron más de 70 caballos y viajaron hacia el sur».

Los noruegos fueron huéspedes del rey de Francia y su viaje de travesía por el país se convirtió en una marcha triunfal, durante la cual la princesa ofrecía regalos espléndidos a sus anfitriones y a las iglesias por las que pasaba.

Cuando llegaron a la ciudad de Narbone, en la costa mediterránea, se les tributaron grandes honores, y pocos días des-



El Rey Hakón, de Noruega, y su hija, la Princesa Cristina.

pués continuaron su viaje por las montañas, penetrando al fin en España.

Y, dejamos continuar a Sturla:

«Dos noches antes de Navidad, la doncella llegó a Castilla, a un pueblo que se llama Sarri, donde el obispo de Astorga fue a su encuentro y le dio buena acogida. Para Nochebuena llegaron a Burgos. Se alojaron en un convento, donde estaba Berenguela, la hermana del rey, y fueron a misa allí el tercer día después de Navidad, y la doncella donó una enorme fuente...

»El cuarto día después de Navidad, salieron de Burgos, cumpliendo los deseos del rey de Castilla, que quería ver a la princesa el octavo día después de Navidad. Esa misma noche, la hermana del rey, doña Berenguela, le envió siete mantones, todos hermosamente confeccionados, y además un baldaquín. Y el mismo día, el rey de Castilla salió a su encuentro desde Valencia con un gran ejército, dándole la bienvenida como si hubiese sido su hija; cogió personalmente el freno de su caballo y la condujo respetuosamente a la ciudad.

»El décimo día después de Navidad, el 11 de enero de 1258, el rey la llevó a Valladolid, y allí su hijo les salió al encuentro con un ejército de innumerables caballeros, barones, arzobispos y otros obispos y emisarios, tanto paganos como cristianos. El rey adjudicó a la princesa una casa en la ciudad y la agasajó de todas maneras; ningún extranjero, ni hombre ni mujer, había jamás recibido tan buena acogida como ella.»

Pocos días después, en una recepción privada, el rey enumeró a todos sus hermanos, diciendo cómo eran. «Fadrique, dijo, era el mayor de los hermanos, un hombre sano y un buen caballero, que hacía respetar la ley en su país, un cazador diestro; pero tenía labio leporino. Enrique, su hermano, dijo, era el mejor caballero entre los hermanos; pero no era necesario hablar de él, porque se había levantado contra su padre y su hermano y combatido su reino. Sancho, había sido elegido arzobispo de Toledo, dijo que era bueno, pero más apto para la clerecía que para el matrimonio».

«Al final, con énfasis, dijo que Felipe, que tenía que ser arzobispo de Sevilla, no había nacido para clérigo sino más bien para divertirse en la caza con halcón y perro, y que era diestro en la lucha con osos y jabalíes, siempre alegre y jovial, sencillo y buen compañero. Es "el más fuerte de nosotros y un buen caballero" dijo. De su estatura y hermoso aspecto no quería decir

nada, porque eso lo podían ver con sus propios ojos la princesa y sus acompañantes y consejeros.

»Los noruegos opinaban que era, de entre sus hermanos, al que más quería, y también era el que a la princesa y a su séquito les gustaba más, por lo que ella lo eligió, aconsejada por sus amigos...

»Fue el 6 de febrero, Miércoles de Ceniza, cuando don Felipe y la princesa se comprometieron por propio deseo de ella, con el consentimiento del rey de Castilla.

»Su primer ruego a don Felipe fue que hiciera construir una iglesia al santo rey Olav, a lo que en seguida dijo éste que sí. No había necesidad de muchas palabras, pues todo lo que pedía se hizo.

»Las bodas se fijaron para el 31 de marzo, domingo después de Pascua, y cuando llegó la fecha, las celebraron con el máximo esplendor posible en ese país.»

Un poema noruego, escrito hacia 1880 por Andrea Munck, el primer poeta noruego que cobró un salario fijo, nos habla de «la pareja brillante y atractiva que formaban don Felipe y la princesa Cristina, por lo que eran sin duda idolatrados por los españoles cuando fijaron su residencia en Sevilla, después de su matrimonio».

Aparte de los detalles del compromiso, del aparatoso viaje y de la boda, de lo que con gracia y malicia de islandés nos habla Tordson, poco más hemos podido encontrar sobre esta infanta de Castilla, que se llamó Cristina y que «era alta y rubia, con trenzas largas y grandes ojos muy azules».

En España no hemos encontrado apenas información sobre la princesa escandinava. Sólo hemos dado con un trabajo firmado por Juan Balansó bajo el título de «La saga de Cristina de Noruega», en el que éste refiere, sin duda tomado de la misma historia de Sturla Tordson, los pormenores del viaje principesco. Balansó cita una Crónica, de Zúñiga, en la que se lee que el soberano español «favorecióles con muchas mercedes».

Por desgracia, la felicidad de esta joven pareja apenas duró cuatro años. Según una cita de Pascual de Gayangos, que transcribimos, también tomada del trabajo de Balansó, «el excesivo calor de Andalucía con respecto al frío clima de Noruega, al que estaba la princesa acostumbrada, le anticipó la muerte». Murió sin dejar hijos, en Sevilla, el año 1262.

Durante muchos años, su tumba fue desconocida, aunque

se suponía que hubiera sido enterrada en el pueblecito de Covarrubias, del cual su esposo era obispo honorario.

El abad de la iglesia del convento de Covarrubias se llamaba Rufino Vargas. Falleció el pasado mes de diciembre de 1971. Durante muchos años se interesó por la princesa noruega, que podría estar enterrada en su iglesia. En 1967, logró por fin la prueba de que un sarcófago de esteatita labrada se hallaba en el claustro, era el ataúd de Cristina.

Fue abierto y examinado por expertos, comprobándose que el cuerpo momificado que contenía era realmente el de la princesa noruega.

En 1967, el padre Vargas fue a Tonsberg a dar una conferencia sobre su feliz hallazgo, obsequiando al Ayuntamiento de aquella ciudad con un trozo de seda roja procedente de la mortaja de la princesa, que se conserva en Gunnarsbo, el Ayuntamiento de Tonsberg.

Esta es la razón de que el arcipreste de Covarrubias fuese invitado oficialmente a la «première» de la obra «Cristiana de Tonsberg», estrenada en dicha ciudad con motivo de las fiestas de sus 1.100 años.

La princesa murió a los veintiocho años de edad, sin dejar descendencia. ¿Cuál fue la causa de esta muerte precoz de la rubia princesa? No parece conocerse la causa con suficiente fundamento, pero si hemos de creer al autor del drama estrenado este último verano en Tonsberg, la princesa murió de nostalgia.

Holt, al presentar su obra, que está basada, según manifiesta, en documentos auténticos, asegura que Cristina estaba enamorada del bufón de la corte, Gudleik.

La obra es una historia dramática de amor sacrificado a la razón de Estado, servidumbre inevitable de la sangre real, que ha de doblegarse ante las conveniencias de la política y del interés de su país. Sea cualquier la razón de la muerte de la princesa noruega, no cabe duda de que, una vez más, la leyenda resucita del olvido a una persona que, sin pena ni gloria, supo sacrificarse obedeciendo al rey, su señor y padre.

Es curioso que no se ha hablado de esta princesa noruega más que fugazmente, en 1967, con motivo de haberse descubierto en la colegiata de Covarrubias el panteón ignorado durante 700 años, y que seguiría ignorado sin el interés del que

fue arcipreste de aquella Colegiata, monseñor Vargas Blanco, anciano pero activo y vivaz párroco burgalés.

Ha tenido que surgir con una pieza teatral el misterio del amor sacrificado para que la historia se haga conocida y la pobre princesa noruega salga de su misterio para llenar con tintes dramáticos el interés popular.

Porque nosotros no somos insensibles a la poesía de este sacrificio principesco y a su encanto, hemos trascrito aquí, siquiera sea a vuelapluma, la romántica historia de una bella princesa noruega, infanta de Castilla, que ofrendó su belleza a su pueblo, silenciosamente( y silenciosamente murió de amor.

### F. BEDIA

(De «Leo» - Habla de Escandinavia,  
con autorización expresa de su  
Director.)